JORDI SOLÉ TURA

España y el fin de la posguerra



JUSTO BARBOZA

Las conmociones económicas y las crisis monetarias nunca han tenido una causa estrictamente económica. Ahora tampoco. Creo más bien que son la consecuencia directa de un hecho más general, que en síntesis se podría definir como el fin de la posguerra.

Es cierto, por ejemplo, que las izquierdas europeas andan a la búsqueda de unos espacios políticos y culturales que ya no coinciden con los de antes y que no son fáciles de definir. Pero lo mismo les ocurre a las derechas. Es cierto que la gran creación de la socialdemocracia europea —el Estado de bienestar— choca hoy con dificultades y nos obliga a replantear algunos de sus fundamentos iniciales. Pero no ha sido sustituido de raíz por un supuesto modelo neoliberal, ni siquiera en los países gobernados por el neoliberalismo más radical.

En realidad, izquierdas y derechas se enfrentan hoy con un mismo problema y tienen que formularse más o menos las mismas preguntas, aunque sus respuestas no son ni vayan a ser las mismas. Y esto es así por una razón bien sencilla: porque las fuerzas políticas de izquierda y de derecha que han configurado la política y la economía en los últimos decenios se formaron como partidos y desarrollaron sus programas políticos y culturales en un mundo marcado por el resultado de la II Guerra Mundial. Y este mundo se ha acabado.

Durante estos últimos 45 años hemos vivido en un mundo bipolar, lleno de tensiones, sin duda, pero claro y fácil de definir. Unos a un lado, otros al otro. Europa ha vivido 45 años sin guerras generalizadas porque estaba radicalmente dividida en dos bloques cerrados y antagónicos, dirigidos por dos potencias no propiamente europeas —Estados Unidos y la Unión Soviética— que se equilibraban mediante el terror nuclear y no permitían grandes movimientos.

Mientras el bloque soviético presentaba un modelo nada atractivo ante el cual sólo cabía el rechazo absoluto o la aceptación acrítica, en Occidente se abría paso con dificultades un proceso de integración económica y política —la CEE— que no sólo pretendía dar una respuesta democrática al desafío del Este, sino que era también un mecanismo de seguridad para impedir que los principales países occidentales —Francia, Alemania, Reino Unido— volviesen a pelear entre sí y precipitar al mundo en otro conflicto general.

Los partidos socialdemócratas y los democristianos, protagonistas principales de este periodo, se desarrollaron, definieron sus modelos políticos y los pusieron en práctica en aquel contexto. A él se amoldaron también, con mayor o menor entusiasmo, los viejos partidos conservadores y las derechas nacionalistas. Y en él intentaron integrarse los partidos comunistas, que nunca consiguieron superar la contradicción entre la voluntad de gobernar en un bloque y aparecer como prolongaciones internas del otro.

Pues bien, éste es el mundo que se ha acabado de manera bien abrupta desde el derrumbamiento del muro de Berlín. Las viejas seguridades se han vuelto perplejidades, el blanco y negro de antes se ha difuminado, las anteriores correlaciones de fuerzas han cambiado y los equilibrios que parecían estables han dejado de serlo. Todo ello agravado porque en el lugar del anterior bloque del Este, aparentemente monolítico, ha reaparecido la vieja Europa de principios de siglo, con sus mismas divisiones, sus conflictos, sus rivalidades, sus odios nacionales y sus guerras civiles.

La desaparición de la lógica bipolar ha revelado la realidad de un mundo bastante más complejo de lo que se creía o se decía. Al tiempo que las grandes potencias perdían fuerza o se desintegraban se han desarrollado otros centros de poder en todos los continentes. El llamado Tercer Mundo ha dejado de ser un concepto uniforme, puesto que en su seno hay países que se han desarrollado espectacularmente y otros se han hundido más en el subdesarrollo, hay países que se han convertido en potencias militares o ideológicas y otros que se han fragmentado en terribles conflictos internos o regionales. Más todavía. La posguerra ha terminado, pero las alternativas que aparecen por el momento en forma de nacionalismos, de insolidaridades, de fragmentación de grandes marcos estatales, de racismos, de corporativismos, de populismos, no son tales alternativas, sino más bien productos residuales de la fase anterior. No conducen a ningún sitio, pero expresan las angustias y las inseguridades de mucha gente ante un presente que ha cambiado y un futuro que nadie parece controlar.

Ante este panorama, los instrumentos políticos, económicos y militares forjados para un mundo bipolar son insuficientes, cuando no inservibles. Ésta es la causa profunda de las actuales tensiones económicas. Estados Unidos sigue siendo la principal potencia militar, pero cada vez le es más difícil imponer su propia moneda, el dólar, como patrón de cambio internacional y pagar su propia deuda exterior con papel. Las potencias nucleares dejan de ser potencias porque en el mundo actual el armamento nuclear es militarmente inutilizable. Y en la realidad económica, las nuevas potencias no se corresponden con las que todavía lo son en el plano militar. No es de extrañar, pues, que los partidos políticos, las organizaciones sindicales, las instituciones estatales, las fuerzas económicas, los movimientos culturales que marcaron la evolución de los países occidentales e hicieron posible su desarrollo económico se adapten con dificultades a la nueva situación, e incluso pierdan pie definitivamente.

Dentro de este marco general, es cierto que España ha constituido una cierta excepción. Primero, porque llegamos tarde a la democracia, y cuando los países más desarrollados de nuestro entorno construían sus democracias y prosperaban económicamente dentro de la lógica bipolar, nosotros nos debatíamos para quitarnos de encima la dictadura franquista y no veíamos de la misma manera la situación internacional.

Segundo, porque tuvimos que correr mucho para superar las consecuencias de tantos años de aislamiento, para recuperar el tiempo perdido, para acortar distancias, para coger el tren de la Europa comunitaria y para crear un Estado de bienestar que no existía. En estos 10 últimos años hemos introducido cambios fundamentales en nuestro sistema político y en nuestros mecanismos económicos, hemos crecido a un ritmo superior a los demás y finalmente hemos entrado en la lógica de la Europa bipolar muy poco antes de que ésta cambiase de arriba abajo. En estos años frenéticos ha cambiado nuestra estructura social, ha aumentado espectacularmente el bienestar, pero también se han generado nuevas contradicciones sociales y generacionales. Y cuando los demás empezaban a sentir en sus propias carnes los efectos del gran cambio mundial, nosotros todavía hemos seguido lanzados por el camino de grandes proyectos colectivos y de grandes inversiones en infraestructuras y seguimos luchando por converger con los países más desarrollados en el seno de la Europa comunitaria, es decir, por reducir definitiva-

Pasa a la página siguiente

CARTAS AL DIRECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 30 líneas mecanografiadas.
Es imprescindible que estén firmados,
y que en ellos quede constancia del domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores.
EL PAÍS se reserva el derecho de publicar tales colaboraciones, así como de resumirlas o extractarlas cuando lo considere oportuno.
No se devolverán los originales no solicitados, ni se facilitará información postal o telefónica sobre ellos.

Política y ética

Tras la lectura del artículo de Fernando Savater *La pitón y el hámster*, que en líneas generales nos ha parecido interesante, quisiéramos transmitir una serie de dudas y reflexiones suscitadas a propósito de la problemática relación entre la política y la ética.

Si la política (entendida como tarea de gobierno) no se puede juzgar desde principios éticos, sino desde principios políticos, ¿qué ocurre cuando no se ajusta la acción de gobierno con tales principios? ¿No hablamos entonces de injusticia, abuso, hipocresía, engaño al electorado, etcétera? Si un Gobierno promete acabar con la corrupción, sacarnos de la OTAN, eliminar la burocracia, aumentar el nivel adquisitivo de las clases más desfavorecidas, reducir el paro o rebajar los impuestos, y no cumple sus promesas, ¿no cabe también juzgar tal incumplimiento desde categorías morales? ¿Sólo cabría discutir sobre cuestiones técnicas acerca de la posibilidad o imposibilidad de cumplir tal programa de gobierno?

Nos parece que el concepto moral de solidaridad (por citar uno de los que nombra Fernando Savater) no es tan descabellado ni incoherente aplicado a la política, y así con otros muchos más. No comprendemos por qué no es compatible "con el pluralismo democrático laico" la corrección moral de los gobernantes en su acción política: el Gobierno constitucional y democrático de Allende quiso reintegrar las minas de cobre a los chilenos y eso parece éticamente más justo que dejarlas en manos de las multinacionales norteamericanas.— **V. Javier Llop** y **Felicidad Burdeos.** Valencia.

Miedo a la guerra

Yugoslavia está destrozada. La violencia, el terror y el sufrimiento humano que se ha desencadenado eran inimaginables hace sólo unos meses. La vuelta de algunos conceptos que sólo recordamos de la guerra nazi o de nuestra guerra civil ya se ha producido a nuestro lado. Es obvio que los yugoslavos no han tenido una formación racional sobre el mal que el hombre puede causar, de lo que está dentro de nosotros mismos y que es como un volcán: tiene una fuerza enorme y sólo avisa al comenzar a actuar.

Hoy, a todos nosotros nos molestan las imágenes terribles que nuestros fotógrafos nos envían desde las calles, los pueblos y campos de concentración yugoslavos. Cuando, a veces, durante la comida, en las noticias de la televisión, aparecen imágenes de cuerpos humanos desnutridos, sangrantes o mutilados, la primera reacción que se nos ocurre es huir haciendo *zapping* del terror que el hombre puede causar. Da miedo reconocer que somos capaces en un instante de causar mucho más daño que el bien que podamos hacer durante toda una vida.

Pero ¿qué pensarán los niños? ¿Creerán que esas imágenes son una película más, llena de efectos especiales? El otro día, mi hija de siete años, a la vista de esas imágenes en televisión, con los ojos humedecidos por la emoción, me preguntaba: papá, eso que está pasando en Yugoslavia no puede pasar aquí, ¿verdad?, ¿es que los yugoslavos no tienen rey? Si fuera en España seguro que el rey Juan Carlos haría algo, ¿verdad?

Yo tuve que contestar que sí, y ahora tengo la impresión de que la fe de mi hija tiene más valor para la defensa de la paz que muchas armas.— **Manuel González Domínguez.** Madrid.

Arqueología en Valeria

Señor director: le remito la presente nota para testimoniar la poca estima por nuestro patri-

Pasa a la página siguiente

MAURICE DUVERGER

Más allá de Maastricht

En la democracia, la mayoría, tanto si es débil como si es fuerte, decide. En Francia, el Tratado de Maastricht, ratificado por un referéndum, tendrá en lo sucesivo "una autoridad superior a la de las leyes", según el artículo 55 de la Constitución. ¿Por qué insistir con masoquismo en un *pequeño sí,* cuando el *no* de Dinamarca fue aún más pequeño (50,7% frente al 51%), cuando Valéry Giscard d'Estaing fue elegido presidente en 1974 con tan sólo el 50,66%, y cuando Kennedy fue llevado a la Casa Blanca en 1960 gracias al 50,02% de los votos expresados? Estas mayorías minúsculas no impidieron gobernar enérgicamente a uno ni a otro.

No es el débil resultado del referéndum francés lo que lleva al Reino Unido a retrasar la ratificación, sino la crisis monetaria desencadenada varios días antes. Esta crisis coloca a la Comunidad ante una elección decisiva. El derrumbamiento del Sistema Monetario Europeo demuestra que no se puede mantener la convergencia de las monedas nacionales cuando éstas se apoyan en prácticas económicas muy distintas. Pero también demuestra que no se puede someter la política monetaria únicamente a las decisiones de los banqueros, sobre todo cuando éstos pertenecen a una sola nación. La debilidad de la peseta y de la lira no depende únicamente de las actitudes de España e Italia, sino también de las decisiones del Bundesbank. Su obstinación en mantener altos tipos de interés no sólo está ligada a la financiación de la reunificación sino también a los excesos de la ideología monetarista.

La lucha contra la inflación ha permitido el desarrollo económico de Alemania a partir de los años ochenta. Pero en la actualidad, el integrismo monetario fomenta la recesión. Salvando las distancias, la Europa de 1992 nos recuerda a los Estados Unidos de 1932, cuando el ultraliberalismo del presidente Hoover llevó a la *gran depresión.* Con una diferencia de 60 años y en una situación menos terrible, necesitamos un *new deal.* Las democracias conocen la política coyuntural desde los tiempos de Roosevelt y Keynes. Los bancos no pueden aplicarla por sí solos. Maastricht, muy insuficiente en este punto, debe ser perfeccionado urgentemente.

Esto no podrá realizarse mediante un tratado complementario establecido por una nueva conferencia intergubernamental. El proceso sería demasiado largo y no se obtendría la unanimidad requerida. Habrá que llegar a acuerdos menos formales y más limitados. Lo queramos o no, la Comunidad sólo se desarrollará si existe una diversidad en las obligaciones y poderes de sus miembros. El desarrollo de una política exterior y de seguridad común sólo será posible si está esencialmente en manos de un directorio compuesto por las cinco grandes potencias y sigue pautas previamente definidas: el peso económico y militar es fundamental en este campo.

El Tratado de Maastricht ya ha previsto una Comunidad de dos velocidades para la creación de la moneda única. Algunos piensan que la única forma de salir de la crisis actual sería acelerar el proceso: Alemania y Francia, junto con dos o tres países pequeños, podrían formar la base rápidamente. El banco central europeo tendría así una composición pluralista, lo cual impediría que se beneficiara una sola nación. Sus dos elementos principales podrían al mismo tiempo crear los mecanismos de una política económica y monetaria que asociara los demás Estados de la Comunidad a aquellos que asumen la carga del ecu.

Pero sería inconcebible que las otras tres grandes potencias no estuvieran completamente integradas en esta empresa, si así lo desean. Aunque el Reino Unido prefiera quedarse fuera, incluso si tomara el tren en marcha después de haberse asegurado de que no va a descarrilar, difícilmente podríamos organizar un sistema tan inclinado hacia el Norte. España se le uniría bastante rápido. Pero Italia no tendría medios para hacerlo, aunque aplicara con valor y perseverancia la política que el Gobierno de Amato acaba de poner en marcha. El mecanismo de un directorio de los Cinco podría ayudar a resolver este problema. De todos modos, una doble velocidad en el interior de la Comunidad implica el desarrollo de una estrecha solidaridad entre los Estados que pueden ir más rápido y los que tienen que hacer grandes esfuerzos para alcanzar la velocidad superior.

Si se quiere que los ciudadanos entiendan y sigan esta aceleración de la unión europea, en lugar de limitarla a los procesos diplomáticos y eurocráticos, es imprescindible que los parlamentos nacionales y el Parlamento Europeo intervengan en su desarrollo. En este aspecto, el Tratado de Maastricht abre una nueva puerta que los interesados no han tenido en cuenta hasta ahora. Una declaración adjunta les invita a reunirse en una "Conferencia de los Parlamentos (o Asientos)", como se hizo en Roma en 1990. En ésta se debería "someter a consulta las grandes orientaciones de la unión europea", y los presidentes del consejo y de la comisión elaborarían un informe sobre el estado de la unión en todas las sesiones. Nada sería mejor para poner fin al penoso aislamiento de las dos representaciones de la Comunidad que una reunión de los cerca de 175 parlamentos nacionales y otros tantos diputados europeos, en la que se discutieran temas elegidos y preparados por sus comisiones sin entrometerse en los poderes de las respectivas asambleas.

Maurice Duverger es profesor emérito de la Sorbona y diputado por Italia en el Parlamento Europeo.

España y el fin de la posguerra

Viene de la **página anterior**
mente las antiguas distancias.

Tercero, porque nuestro sistema de fuerzas políticas se ha formado y desarrollado de manera peculiar, por la suma de los factores anteriores. Mientras la socialdemocracia chocaba con dificultades en los demás países democráticos, en España el PSOE era capaz de pilotar en solitario la inmensa transformación del país. Mientras el centro y las derechas de otros países se debatían en la contradicción de proclamar el neoliberalismo como doctrina y mantener lo esencial del Estado de bienestar en la práctica, aquí el centro desaparecía y la derecha era incapaz de superar el impacto negativo de tantos y tantos años de gobierno de la derecha bajo dictaduras. Mientras los partidos comunistas de otros países intentaban con éxito desigual adaptarse a los nuevos aires, aquí pervivía la frustración de pasar de ser el primer partido de la clandestinidad antifranquista a un grupo minoritario de la izquierda en la democracia. Mientras en otros países se mantenían mal que bien los partidos de ámbito nacional, aquí florecían los grupos de ámbito regional.

Si un país como el nuestro, que acaba de salir del agujero de tantos años de aislamiento, ha podido aguantar mejor que el Reino Unido, Italia y otros países de la Comunidad, el tremendo golpe de las últimas conmociones monetarias es, en gran parte, por este conjunto de singularidades políticas y, muy concretamente, porque ha contado con un gobierno estable y un liderazgo político sólido.

Lo que ahora se discute es si estas singularidades van a continuar. Desde el punto de vista económico es evidente que nuestras posibilidades y nuestros problemas son ya inseparables del entorno comunitario y no caben opciones válidas al margen de él, aunque, a la vez, se nos abran nuevas perspectivas que sería suicida no valorar en lo que valen, como la de la Comunidad Iberoamericana. Pero, desde el punto de vista político, está claro que sólo el PSOE puede seguir asegurando la estabilidad necesaria para enfrentarse con los retos que nos esperan. Sinceramente, no veo que exista ni a corto ni a largo plazo una alternativa que no pase por el PSOE, bien como piloto en solitario, bien como eje principal e indispensable de otras fórmulas.

Éste es un tema político de gran calado cuya solución está evidentemente en manos de los electores. Pero hay que decir que básicamente depende de lo que el propio PSOE haga, es decir, de si asume a fondo su liderazgo, plantea las cosas con claridad a todos los ciudadanos, reivindica sin complejos su trayectoria, despejando también sin complejos los puntos grises que en ella haya habido, mantiene su unidad y afirma su vocación de futuro, o si se encierra en sí mismo, se debate en querellas mal planteadas y pierde el dinamismo que le ha caracterizado en estos 10 años decisivos.

Éste no es un asunto de unos cuantos, ni un mero problema de partido. Es un asunto que concierne a todos los ciudadanos.

Jordi Solé Tura es ministro de Cultura.

CARTAS AL DIRECTOR

Viene de la **página anterior**
monio que he podido constatar en un yacimiento de la vecina Comunidad de Castilla-La Mancha. Se trata de la romana Valeria, una joya arqueológica de la meseta sur. Siguiendo circunstancialmente los avisos de señalización, nos topamos en plena sierra con una ciudad soterrada, en su sentido más amplio, con su fuente monumental digna de la Cibeles y con un foro que suscitaría las envidias de no pocas capitales de provincia actuales, con su basílica y demás estructuras que la convierten en un modelo quasi vitruviano. Para qué citar más. Pues ahí está, enclavada entre dos hoces fluviales a pocos metros de una pedanía cuya población, en máxima estival, no supera la centena de individuos. Olvidada de la mano no ya divina, sino más bien humana en este caso —gubernamental para ser más precisos—, nos oculta, celosa, todos sus secretos.

Somos conscientes de los recortes presupuestarios a nivel ministerial, que tanto nos han afectado de una u otra forma, pero de ahí a la desidia hay todo un espacio donde cabría más de una Expo sevillana. Con unas pocas pesetas anuales, justificatorias sin duda alguna, y cuyo conjunto de cifras no llega siquiera a seis, se pretende mantener la documentación de una entidad de estas características. Así no se puede hacer sino arqueología decimonónica. Los esfuerzos de excavador, ciclópeos a mi entender, son retribuidos exclusivamente a nivel científico.

Y para más inri, los responsables autonómicos alardean de su gran conciencia histórica y elevado nivel cultural. Para Valeria, su cruz más pesada ha sido y es aún el haber sido gestada en Castilla-La Mancha.— **Darío Bernal Casasona.** Universidad Autónoma de Madrid.

Nostalgia del Cid

Soy una joven de 23 años que este último fin de semana, alejándome de la belleza contaminada que me ofrece día tras día mi ciudad, mi Madrid, halléme sin saberlo, pero esperándolo, en tierras de Soria; tierras todavía pobres, sobrias y elementales, y a las que aún no ha llegado el soplo vivificador de las modernas técnicas agrarias. Según me iba acercando a Berlanga de Duero, vi a lo lejos dibujado el perfil que aparece dominado por las altas siluetas del Cerro del Castillo, con la antigua fortaleza protegiendo la villa, y la colegiata acogiendo a su alrededor las casas humildes de los labradores. Escuchando el blanco silencio que producen las aguas del río Escalote, un sentimiento de serenidad y sosiego nos traslada a un vertiginoso pasado de magnificiencia y esplendor de lo que un día fueron Berlanga y tantos otros pueblos de España. La tristeza nace cuando retornamos al presente y surge ante nuestros ojos la cruda realidad de lo que el transcurso del tiempo y el abandono de los hombres han legado a nuestra era. Al entrar en la colegiata, los muros me pedían a gritos que la pasividad de tantos ojos ante su deterioro se trasegase en despertar mi estímulo y sensibilidad ante tanta belleza que, en breve, podría sucumbir. La impotencia me inunda, y lo único que está en mis manos para poder transmitir el fiel deseo de estas voces apagadas de tantos monumentos y pueblos que en España corren el peligro de extinguirse es esta humilde y firme petición de que consideren que esa cultura que se está perdiendo, una vez borrada, nunca se podrá recuperar, y en la historia de España faltarán testimonios concretos que confirmen lo que los libros nos cuentan. Y que cuando pasen los años, haya gentes que, igual que yo, sentadas a los pies del castillo tengan el privilegio de sentir la alegre nostalgia de ver al Cid cabalgando por los campos de Castilla, se admiren ante la arquitectura y el arte encerrado en tantos monumentos que los españoles fuimos capaces de crear y que ahora tenemos la obligación de conservar. Así conseguiremos que todavía existan poetas que se inspiren en las mismas tierras que suscitaron el primer poema en lengua castellana, *El cantar del Mío Cid.* Éste es mi deseo y exigencia. Quiero creer que el clamor de tantos pueblos, personificado en mis palabras, no pase inadvertido y avive el interés de realizar hechos concretos.— **Rosa María Fuertes Rodríguez.** Madrid.